

El destino trascendente del ser humano, entre la indiferencia y el olvido

Manuel Sánchez Sánchez

Profesor Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla

1. Situemos lo que entendemos por trascendencia y por tanto el destino al que es llamado el ser humano

La palabra trascendencia es muy rica desde un punto de vista semántico. Atesora en ella muchos significados que hay que saber distinguir debidamente para saber qué se defiende cuando se hace referencia a una educación para la trascendencia. No estamos delante de una palabra que tenga un significado unívoco, sino que tiene un campo semántico muy amplio y, aunque tradicionalmente tiene connotaciones estrictamente religiosas, la palabra trascendencia es también rica en significados en un campo estrictamente no religioso.

Trascendencia: es la cualidad de trascendente. Trascendente. Es lo que sobrepasa los límites de la realidad concreta. También significa el que intelectualmente o moralmente alcanza gran altura. **Trascendental:** De gran importancia por las consecuencias que puede tener.

Trascender. Ir más allá. Una cosa que se produce en un medio, llega a ser conocida, a tener consecuencias en otro medio. Movimiento, dinamismo, ir hacia lo que no se es, caminar hacia lo que no se tiene, moverse hacia una esfera mayor.

El sentido más inmediato y elemental de la voz trascendencia se refiere, tal como hemos visto, a una metáfora espacial. Trascender (de trans, más allá, scando, escalar) significa pasar de un ámbito a otro, atravesando el límite que los separa.

Desde un punto de vista filosófico, el concepto de trascendencia incluye, además, la idea de superación o de superioridad y, por tanto, de rebote, la de esfuerzo. En la tradición occidental, la trascendencia supone un más allá del punto de referencia. Trascender significa la acción de sobresalir, de pasar de dentro a fuera, de un determinado ámbito, superando su limitación a clausura. Así, por ejemplo, dice San Agustín de los platónicos que “trascendieron todos los cuerpos buscando a Dios”.

Desde un punto de vista filosófico, trascendencia se opone a inmanencia. Lo trascendente es lo que se encuentra por encima de lo que es puramente immanente. La inmanencia es la propiedad según la cual una realidad permanece como cerrada sobre sí misma, agotando en ella todo su ser y su obrar. La trascendencia supone, por tanto, la inmanencia como uno de sus momentos, pero se le añade la superación que representa el acto de trascender.

La idea de trascendencia evoca, finalmente, la idea de un movimiento infinito, un anhelo que nos hace ir hacia una realidad mayor. Este deseo se expresa en la voluntad de ser más, de amar más, de realizarse más plenamente, de no pararse en ninguna meta, ni frontera en concreto. Este anhelo, en sí mismo, no prueba ni demuestra la existencia de un más allá que llene definitivamente la sed de la persona, pero tampoco lo niega. Es razonable creer en una trascendencia plena dotada de sentido y donde el ser humano pueda coronar definitivamente este anhelo. Este es, al fin y al cabo, el núcleo último de la filosofía cristiana de todos los tiempos.

Según el filósofo Francisco Romero, la realidad misma es trascendente. Según este autor hay que afirmar que todo es trascendente y no sólo la realidad espiritual. Distingue diversas formas de realidad y cada una tiene su nivel de trascendencia hasta llegar al espíritu puro que es puro trascender. La trascendencia, tal como la define Romero, es como un impulso que se difunde en todos los sentidos, que se desarrolla en largos trayectos de manera seguida y continuada, pero que se abre a nuevas realidades. Ser es trascender según él. El impulso hacia la trascendencia es liberarse de formas de vida endogámicas y tribales. El hecho de trascender, pero, llega a su pureza y perfección cuando se abre definitivamente a los valores espirituales.

Toda inmanencia es, al fin y al cabo, alienante y hay que salir de ella, proponiéndose nuevas metas y objetivos.

Esta idea del trascender y de la trascendencia aparece de diversas formas en el pensamiento contemporáneo. Por ejemplo, Kart Jaspers afirma que, de hecho, filosofar es una orientación hacia el mundo, una dilucidación de la existencia, es trascender. El hecho de filosofar es, según el pensador y médico de Basilea, un acto de trascendencia.

Según su punto de vista, la trascendencia es insondable, pero toda la filosofía se encamina hacia ella. No se puede responder, según él, a la pregunta sobre qué es trascendencia, porque sólo tenemos un conocimiento indirecto y se da a través de un esclarecimiento incompleto del mundo, de la imperfección del hombre, del fracaso universal. En definitiva, la trascendencia es lo que completa aquello que es incompleto, lo que da sentido. Según el filósofo cristiano y personalista Emmanuel Mounier, la trascendencia evoca la experiencia de un movimiento infinito, o cuanto menos, indefinido hacia un “ser más”.

2. ¿Qué trascender? Unas pinceladas para provocar pensamiento

2.1 Trascender el yo

Trascender es, de entrada, abrirse al tú y a los demás. Este movimiento es connatural a la persona, consiste en superar la tendencia a pensar en uno mismo, a calcular los propios intereses. Olvidarse de uno mismo, saberse situar en la periferia, reducir la propia relevancia, saber ser sirviente y marginal. Entender que hay un todo mayor que nosotros, que más allá de tú y yo, más allá de nosotros, están los otros, es descubrir el valor de la trascendencia. Trascender el yo significa, en el fondo, superar la tendencia individualista y egocéntrica de la persona inmadura y adentrarse en el mundo de los otros. Es un acto de crecimiento.

2.2. Trascender el presente

Trascender es, también, preguntarse por el futuro y por el pasado. Somos seres históricos, venimos de un pasado y anhelamos un futuro. El presente es, al fin y al cabo, la resultante de una historia pretérita, pero, a la vez, es plataforma de construcción del futuro. Entrar en la clave de la promesa.

2.3. Trascender los valores materiales

Trascender es abrirse a los valores inmateriales. En contextos intensa y extensamente marcados por el materialismo y por el consumismo, hay que reivindicar los valores espirituales que abren a la persona a un universo completamente nuevo. Trascender los valores materiales no significa olvidarse del valor que tienen las cosas, los objetos, el cuerpo, el dinero. Significa descubrir que, más allá de todo este orden de cosas, hay otra constelación que también podemos cultivar y amar. Valores como el silencio, la contemplación, el tiempo libre, la conversación, el paseo, la meditación no son valores materiales, porque no se concretan en un objeto físico, pero son esenciales para el equilibrio emocional y mental de la persona.

2.4. Trascender el límite de la muerte

Trascender es plantearse, con radicalidad, la pregunta por el más allá de la muerte. Es hacerse, en propia carne, la pregunta: ¿Qué puedo esperar? Al aceptar el límite irreversible de su existencia, la persona no puede dejar de preguntarse, seriamente, qué sentido tiene su vida.

2.5. Trascender las pasiones

La Iglesia no está en contra de una educación emocional. Todo lo contrario. Creemos que es fundamental para un correcto desarrollo de la persona y de todas sus potencias, pero hay que trascender las pasiones y esto significa ir más allá de ellas. El ser humano tiene la facultad de dominar y de señorear sus pasiones, de controlarlas y administrarlas racionalmente. Tiene capacidad para ir más allá de los deseos que siente aquí y ahora y de ser fiel a sus compromisos libremente asumidos. No hay libertad sin autodomínio.

2.6. Trascender la banalidad

Trascender es ir a fondo, explorar el núcleo de las cosas, no quedarse en la periferia, en la corteza de los problemas. En la cultura de la banalidad en la que vivimos actualmente, existe la tendencia a quedarse, sencillamente, en la anécdota, en la mirada simple que no penetra en la profundidad de las cosas.

La cultura audiovisual de masas es un ejemplo paradigmático de cómo se extiende vertiginosamente la banalidad en todos los sectores. Sólo los que realmente trabajan para aislarse y cultivar su espíritu pueden sustraerse a la cultura de la banalidad. Nuestra cultura de masas está directamente enfrentada con todo lo que signifique pensar, trascender, profundizar, reflexionar.

Trascender la banalidad es la condición de posibilidad de cualquier experiencia religiosa. Sólo quien va a fondo, experimenta el encuentro con el Tu infinito de Dios. En la corteza del

yo, no hay experiencia posible, solamente hay lugar para el entretenimiento, para la búsqueda del lugar placentero y de la experiencia agradable a los sentidos.

2.7. Trascender las propias imágenes de Dios

Trascender es ir más allá de las propias imágenes de Dios y tomar conciencia de que Dios siempre está más allá de nuestras ideas y preconcepciones. En efecto, siempre hay una distancia infinita entre las representaciones humanas de Dios y Dios. No idolatrizar las imágenes, pues son caminos, itinerarios, símbolos que evocan algo más grande que nunca cabe en los conceptos humanos.

¿Cuál sería la propuesta en este punto? Que cada uno de los presentes plantee cómo concreta el sentido de la trascendencia hoy. Por mínimamente que hayan estado atentos – algunos muy mínimamente- todos hemos sido provocados a pensar en cómo vivimos el sentido de la trascendencia.

3. ¿Cuál es la propuesta al hilo del título de la reflexión?

La realizan los obispos, afirmando en la Instrucción Pastoral “Iglesia al servicio de los pobres” que trascender es abandonarse en Dios. Para ello miran el momento presente en que vivimos.

Un tiempo difícil –en palabras de los obispos- y a la vez un tiempo de gracia marcado por una renovada e impetuosa presencia del Espíritu que está removiendo las aguas, como en la piscina Probática (cf Jn 5,1-6), para que todos los paralizados por la rutina, la desconfianza, el miedo y el desaliento, soltemos las muletas, nos lancemos a la piscina del tiempo que nos toca vivir y nos dejemos afectar y sanar en las aguas removidas por la fuerza del Espíritu.

Hemos oído el rumor del Espíritu a través del sufrimiento de la crisis y de los datos de las ciencias sociales. El Espíritu habla a través de los acontecimientos de la historia y a través de las mediaciones de los análisis de la realidad y los estudios de las ciencias sociales, como hemos podido percibir en el último informe FOESSA. Aunque, sin desprestigiar ningún análisis, me atrevo a afirmar que donde mejor habla el Espíritu es en los pobres y en la Eucaristía.

De manera nueva e impetuosa ha irrumpido el Espíritu estos años a través del papa Francisco, de sus signos y de sus grandes mensajes. A los españoles también el Espíritu nos ha hablado por medio de nuestros pastores el 24 de octubre de 2015, en su CV Asamblea Plenaria donde tratan este gravísimo problema social en la Instrucción Pastoral “Iglesia al servicio de los pobres”, que ya hemos referido. Allí nos indican que tanto las nuevas pobreza como la corrupción están facilitadas por el empobrecimiento espiritual. El talante personal y el comportamiento moral de las personas están dañados por la indiferencia religiosa, el olvido de Dios o la despreocupación por la cuestión sobre el destino trascendente del ser humano. No se puede olvidar - afirman los obispos- que la personalidad del hombre se enriquece con el reconocimiento de Dios que sostiene nuestra dimensión ética, nos impulsa al amor a todo hombre, haciendo de la caridad fraterna la señal distintiva.¹

Lo primero que resaltaríamos sería el valor de la pregunta. Este intento por negar la trascendencia, por matarla en el corazón del hombre, es una vieja aspiración del marxismo y que el capitalismo salvaje ha heredado, dando motivo para distinguirse a los extremismos de izquier-

¹ Instrucción pastoral: IGLESIA, SERVIDORA DE LOS POBRES, n12. CEE 24 de abril de 2015.

da, que ven en la negación de la trascendencia una posibilidad de resurgimiento. A estos se unen los extremismos de derecha, vaciando la trascendencia de la encarnación. Ambos –izquierda y derecha- coinciden en la búsqueda de una trascendencia sin Trascendente. Una trascendencia en la inmanencia que solo crea hastío y cansancio². La trascendencia no es ni de unos ni de otros, pertenece al corazón del ser humano, a lo más íntimo; porque el ser humano, sigue preguntándose en su interior.

Una actitud extendida es negar el valor de la pregunta, pero esto no resuelve la cuestión. Esconder lo que falta, no resuelve la carencia. Si algo falta, falta. Si uno tiene hambre, tiene hambre, aunque se esfuerce para persuadirse, a sí mismo, de que está satisfecho. Si uno está enamorado, lo está; a pesar de que se intente engañar a sí mismo diciendo que no lo está ¿qué le falta al que tiene hambre? Poder comer ¿qué le falta al que está enamorado? Fundirse con la persona amada ¿qué le falta a un mundo humano al que se le niega la posibilidad trascender? Le falta Dios. Pero seguirá teniendo hambre y buscando al Amado, es la mayor demostración de libertad interior –no de derecho- que observamos en el ser humano ¡qué gran noticia! El hombre y la mujer son libres en la posibilidad de preguntarse.

Sería mejor que algo no faltara, pero si falta, no sirve de nada simular que no se carece de ello. El ser humano es, como dice Gabriel Marcel, un ser carencial, un ser al que le falta algo y que debe buscar la manera de resolverlo. Por eso es también un ser mendicante, como refiere María Zambrano, porque solo pidiendo puede intentar subsanar lo que le falta. A veces, no sabe pedirlo; en ocasiones, le da reparo pedirlo; pero su carencia le abre, necesariamente, a los otros ¡Yo reivindico ese ser humano! El que quiere resolver el sentido de su vida y pide al que sabe que puede colmarle ¿quién es tan autónomo que se ha dado el ser a sí mismo?³

En cuanto a la pregunta por la trascendencia podrán afirmar que no hay respuestas concluyentes, que cada cual debe desarrollar su búsqueda, pero ridiculizar a quien pregunta, prohibir la cuestión o convertirla en tabú, ha sido un error histórico que solo nos ha traído mal e injusticias. El que actúa mal intenta en su interior negar la existencia de Dios para que no clame contra él la injusticia. También es un error mandarla al desguace de las preguntas sin sentido. Es una estrategia sutil, pero, **encubiertamente es una forma de censura.**

La pregunta por el sentido no es una pregunta mal formulada, ni es la consecuencia de un mal uso del lenguaje. Tiene sentido, a pesar de no disponer de una respuesta concluyente; evoca una necesidad humana, una carencia metafísica que está en la entraña de la criatura racional. Despreciarla no resuelve nada, porque sigue estando ahí; no desaparece. Si algo existe, existe; aunque lo que exista sea una pregunta que se cuece en el fondo del alma.

La pregunta por el fin está latente en la mente humana. No solo interesa responder a la pregunta por lo que algo es. También interesa el cómo es y el por qué es; pero todo ello no resuelva la más peliaguda y humana de las preguntas, a saber, para qué es.

2 La salvación que, por iniciativa de Dios Padre, se ofrece en Jesucristo y se actualiza y difunde por obra del Espíritu Santo, es salvación para todos los hombres y de todo el hombre: es salvación universal e integral. Concierno a la persona humana en todas sus dimensiones: personal y social, espiritual y corpórea, histórica y trascendente. Comienza a realizarse ya en la historia, porque lo creado es bueno y querido por Dios y porque el Hijo de Dios se ha hecho uno de nosotros.³⁹ Pero su cumplimiento tendrá lugar en el futuro que Dios nos reserva, cuando junto con toda la creación (cf. Rm 8), seremos llamados a participar en la resurrección de Cristo y en la comunión eterna de vida con el Padre, en el gozo del Espíritu Santo. Esta perspectiva indica precisamente el error y el engaño de las visiones puramente inmanentistas del sentido de la historia y de las pretensiones de autosalvación del hombre. COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA n. 38

3 La persona humana, en sí misma y en su vocación, trasciende el horizonte del universo creado, de la sociedad y de la historia: su fin último es Dios mismo, que se ha revelado a los hombres para invitarlos y admitirlos a la comunión con Él: El hombre no puede darse a un proyecto solamente humano de la realidad, a un ideal abstracto, ni a falsas utopías. En cuanto persona, puede darse a otra persona o a otras personas y, por último, a Dios, que es el autor de su ser y el único que puede acoger plenamente su donación. COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA, n 47.

El para qué desconcierta y atemoriza. El cómo nos da seguridad. El niño se pregunta por el fin que tienen las cosas, los procesos, los movimientos. No le interesa saber solo cómo son las cosas, cuál es su fisiología y cuáles sus características externas e internas. Se pregunta por la causa final: desea saber cuál es su fin, para qué están, quién las creó, si es que alguien las creó, y, con qué finalidad en tal caso.

Todas las preguntas que se puedan formular sobre la finalidad de las actividades que desarrolla el ser humano a lo largo de su vida convergen en la pregunta por el sentido de la existencia. La interpretación del sentido supone que el ser humano es espiritual. El hecho antropológico fundamental es que el ser humano remite siempre más allá de sí mismo, hacia algo que no es él, hacia algo o hacia alguien, hacia un sentido. El ser humano se realiza a sí mismo en la medida que se trasciende.⁴

La falta de la cuestión por la causa final, por la trascendencia, es una cuestión que — afirman los obispos— explica la situación social actual. Víctor Frankl definía muy acertadamente esta cuestión del sentido cuando afirmaba: “Las personas tienen los medios para vivir, pero carecen de sentido por el qué vivir”⁵ Ciertamente no es la única, pero sí una causa fundante. Resaltan los obispos algunos factores: El primero de ellos es la negación de la primacía del ser humano que se apoya en la dignidad que Dios le otorga. El segundo es el dominio de lo inmediato y lo técnico en la cultura actual. En ésta, el primer lugar lo ocupa lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido. La técnica parece ser la razón última de todo lo que nos rodea y su desarrollo se presenta como la panacea para resolver todos los males del hombre. El modelo social centrado en la economía es el tercer factor que explica esta situación de crisis: la burbuja inmobiliaria, el excesivo endeudamiento, la falta de regulación y supervisión de los mercados han ocasionado una época de recesión, para la que la única solución presentada es la lógica del crecimiento, como si “más” fuera igual a “mejor”. Por último, en cuarto lugar, encontramos, como consecuencia de la lógica del crecimiento, una cierta idolatría de los mercados, cuando en realidad, la actividad económica, por sí sola, no puede resolver todos los problemas sociales; su recta ordenación al bien común es incumbencia, sobre todo, de la comunidad política, la cual no debe eludir su responsabilidad en esta materia.

4. Propuestas de los obispos. Aprender a trascender

Como propuestas esperanzadoras los obispos hablan de: Cultivar una espiritualidad que impulse al compromiso social y apoyarse en la fuerza transformadora de la evangelización, porque el anuncio del Evangelio, fermento de libertad y de fraternidad, ha ido acompañado siempre de la promoción humana y social de aquellos a los que se anuncia.

Tanto las nuevas pobrezaas como la corrupción están facilitadas por el empobrecimiento espiritual. El talante personal y el comportamiento moral de las personas están dañados por la indiferencia religiosa, el olvido de Dios o la despreocupación por la cuestión sobre el destino trascendente del ser humano. No se puede olvidar, dicen los obispos, que la personalidad del hombre se enriquece con el reconocimiento de Dios que sostiene nuestra dimensión ética, nos impulsa al amor a todo hombre, haciendo de la caridad fraterna la señal distintiva.

A mí entender es muy importante que unan un problema filosófico, como es la trascendencia, con una realidad tan inmediata como es la pobreza. Es un lenguaje de encarnación que tiene la frescura de lo eterno, sabe a Evangelio. Y esta es la mejor trascendencia que existe. En toda filosofía y cultura no hay mayor trascendencia que la caridad, entendida esta caridad, como detalla tan magistralmente Benedicto XVI, más allá de lo puramente sensual o autosatisfactorio.

4 Víctor Frankl, “El Hombre Doliente”, p 45 y 59.

5 V. Frankl, “La Voluntad de Sentido”, p. 245.

El mismo Benedicto XVI ya refería esta cuestión⁶ -que da título al encargo recibido para este encuentro- en Asís donde afirmaba que «sin una apertura a la trascendencia, el hombre cae fácilmente presa del relativismo, resultándole difícil actuar de acuerdo con la justicia y trabajar por la paz». En este sentido le indicaba al cuerpo diplomático en 2013 que el olvido y la negación de Dios, que llevan al hombre a no reconocer alguna norma por encima de sí y a tomarse solamente a sí mismo como norma, han producido crueldad y violencia sin medida.

Estas cuestiones las recoge el papa Francisco en la jornada mundial de la paz del presente año donde hay un trasfondo fundante en la opción del cristianismo por la humanidad: *Dios no es indiferente. A Dios le importa la humanidad, Dios no la abandona*. Este es nuestro hilo conductor para seguir haciendo propuestas a un mundo que parece indiferente y olvidadizo en cuanto a su destino trascendente, me atrevería a decir que parece indiferente, pero no lo es. Y si es indiferente y olvidadizo, sí afirmo que Dios no se olvida, y menos es indiferente: ¿puede una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque una madre se olvidé de su hijo, yo no me olvidaré de tí⁷.

El ser humano sigue buscando, quiere hacer y construir, vive volcado en el futuro, incluso aunque no opte por ello. Pero su propia condición de peregrino y buscador le hacen trascender.

Esta indiferencia no es un tema nuevo, el icono del indiferente, a lo largo de la historia es Caín “¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?”⁸ No se siente responsable de su vida, de su suerte. No se siente implicado. Es indiferente ante su hermano, a pesar de que ambos estén unidos por el mismo origen⁹, y diría más, por el mismo destino.

El cainismo social lleva a muchos de nuestros hermanos a vivir «en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea», ese cainismo lleva a caer «en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye»¹⁰

Si continuamos en esta línea de profundización del cainismo social podemos afirmar que toma carta de naturaleza en una moneda con dos caras: indiferencia y olvido. Es cierto que la actitud del indiferente, de quien cierra el corazón para no tomar en consideración a los otros, de quien cierra los ojos para no ver aquello que lo circunda o se evade para no ser tocado por los problemas de los demás, caracteriza una tipología humana bastante difundida y presente en cada época de la historia. Pero en nuestros días, esta tipología ha superado decididamente el ámbito individual para asumir una dimensión global y producir el fenómeno de la globalización de la indiferencia.

6 Benedicto XVI, *Intervención durante la Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo*, Asís, 27 octubre 2011. Discurso del Santo Padre Benedicto XVI al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, 7 enero 2013.

7 Así dice el Señor: «En tiempo de gracia te he respondido, en día propicio te he auxiliado; te he defendido y constituido alianza del pueblo, para restaurar el país, para repartir heredades desoladas, para decir a los cautivos: “Salid”, a los que están en tinieblas: “Venid a la luz.” Aun por los caminos pastarán, tendrán praderas en todas las dunas; no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el bochorno ni el sol; porque los conduce el compasivo y los guía a manantiales de agua. Convertiré mis montes en caminos, y mis senderos se nivelarán. Miradlos venir de lejos; miradlos, del norte y del poniente, y los otros del país de Sin. Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque el Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados. Sión decía: “Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado.” ¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conomverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré.» Isaías 49,8-15

8 Génesis 4,9.

9 Vence la indiferencia y conquista la paz. MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CELEBRACIÓN DE LA XLIX JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ I DE ENERO DE 2016. N 5.

10 Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia Misericordiae vultus, 14-15.

5. Formas de indiferencia

La primera forma de indiferencia en la sociedad humana es la indiferencia ante Dios, de la cual brota también la indiferencia ante el prójimo y ante lo creado. Esto es uno de los graves efectos de un falso humanismo y del materialismo práctico, combinados con un pensamiento relativista y nihilista. El hombre piensa ser el autor de sí mismo, de la propia vida y de la sociedad; se siente autosuficiente; busca no sólo reemplazar a Dios, sino prescindir completamente de él. Por consiguiente, cree que no debe nada a nadie, excepto a sí mismo, y pretende tener sólo derechos¹¹.

Esto crea conciencia de fracaso puesto que ni el hombre ni su desarrollo son capaces de darse su significado último por sí mismo. Por ello nos atrevemos a afirmar que «no hay más que un humanismo verdadero que se abre a lo Absoluto, en el reconocimiento de una vocación, que da la idea verdadera de la vida humana»¹².

Esta indiferencia ante el prójimo asume diferentes formas. Hay quien está bien informado, escucha la radio, lee los periódicos o ve programas de televisión, pero lo hace de manera frívola, casi por mera costumbre: estas personas conocen vagamente los dramas que afligen a la humanidad, pero no se sienten comprometidas, no viven la compasión. Esta es la actitud de quien sabe, pero tiene la mirada, la mente y la acción dirigida hacia sí mismo.

El aumento de las informaciones, propias de nuestro tiempo, no significa de por sí un aumento de atención a los problemas, si no va acompañado por una apertura de las conciencias en sentido solidario¹³. Más aún, esto puede comportar una cierta saturación que anestesia y, en cierta medida, relativiza la gravedad de los problemas. «Algunos simplemente se regodean culpando a los pobres y a los países pobres de sus propios males, con indebidas generalizaciones, y pretenden encontrar la solución en una “educación” que los tranquilice y los convierta en seres domesticados e inofensivos. Esto se vuelve todavía más irritante si los excluidos ven crecer ese cáncer social que es la corrupción profundamente arraigada en muchos países —en sus gobiernos, empresarios e instituciones—, cualquiera que sea la ideología política de los gobernantes»¹⁴.

La indiferencia se manifiesta en otros casos como falta de atención ante la realidad circunstante, especialmente la más lejana. Algunas personas prefieren no buscar, no informarse y viven su bienestar y su comodidad indiferentes al grito de dolor de la humanidad que sufre. Casi sin darnos cuenta, nos hemos convertido en incapaces de sentir compasión por los otros, por sus dramas; no nos interesa preocuparnos de ellos, como si aquello que les acontece fuera una responsabilidad que nos es ajena, que no nos compete¹⁵. «Cuando estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás (algo que Dios Padre no hace jamás), no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos, ni las injusticias que padecen. Entonces nuestro corazón cae en la indiferencia: yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien»¹⁶.

Esta indiferencia por el otro, por los otros, por los que vendrán nos lleva a una indiferencia ecológica que se manifiesta en la destrucción del ambiente, fruto de la indiferencia del hombre

11 Benedicto XVI, Carta. enc. Caritas in veritate, 43.

12 Pablo VI, Carta. enc. Populorum progressio, 42.

13 «La sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos. La razón, por sí sola, es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundar la hermandad» (Benedicto XVI, Carta. enc. Caritas in veritate, 19).

14 Francisco I, Exhort. ap. Evangelii gaudium, 60.

15 *ibid.*, 54.

16 Francisco I, Mensaje para la Cuaresma 2015.

respecto a los demás, porque todo está relacionado. Como también el comportamiento del hombre con los animales influye sobre sus relaciones con los demás¹⁷. Una indiferencia exportada que se manifiesta en los que destruyen el ecosistema de los países pobres, preservando el de los ricos.

La indiferencia y el olvido provocan cerrazón y distanciamiento, y termina de este modo contribuyendo a la falta de paz con Dios, con el prójimo y con la creación.

Otra indiferencia que constatamos es la que se realiza ante Dios, que supera la esfera íntima y espiritual de cada persona y alcanza a la esfera pública y social. Si Dios no está presente, la paz sobre la tierra está amenazada. Se convierte en una historia de barbarie. Sin estar abiertos a la trascendencia el relativismo nos atrapa, y la justicia y la paz son solo emociones. El olvido y la negación de Dios, que llevan al hombre a no reconocer alguna norma por encima de sí y a tomar solamente a sí mismo como norma, han producido crueldad y violencia sin medida, es un espejismo kantiano que se transmite como una verdad irrefutable, es el triunfo del sentimiento como clave de verdad. El trasfondo del indiferente es la ausencia de verdad.

Una sociedad que no está vuelta a la verdad se convierte en irresponsable y se despreocupa de la construcción de la propia sociedad y el propio país¹⁸. La indiferencia termina en construir sociedades melifluas, cómodas y aburguesadas donde es fácil que un extremista imponga sus criterios y donde no habrá nadie para resistir. La indiferencia crea cobardes de corazón y de acción.

Cuando afecta al plano institucional, la indiferencia respecto al otro, a su dignidad, a sus derechos fundamentales y a su libertad, unida a una cultura orientada a la ganancia y al hedonismo, favorece, y a veces justifica, actuaciones y políticas que terminan por constituir amenazas a la paz. Dicha actitud de indiferencia puede llegar también a justificar algunas políticas económicas deplorables, premonitoras de injusticias, divisiones y violencias, con vistas a conseguir el bienestar propio o el de la nación. En efecto, no es raro que los proyectos económicos y políticos de los hombres tengan como objetivo conquistar o mantener el poder y la riqueza, incluso a costa de pisotear los derechos y las exigencias fundamentales de los otros. Cuando las poblaciones se ven privadas de sus derechos elementares, como el alimento, el agua, la asistencia sanitaria o el trabajo, se sienten tentadas a tomárselos por la fuerza¹⁹.

Esta indiferencia llevada al campo de la falta de cuidado del ambiente natural, favoreciendo la deforestación, la contaminación y las catástrofes naturales que desarraigan comunidades enteras de su ambiente de vida, forzándolas a la precariedad y a la inseguridad, crea nuevas pobrezas, nuevas situaciones de injusticia de consecuencias a menudo nefastas en términos de seguridad y de paz social. ¿Cuántas guerras ha habido y cuántas se combatirán aún a causa de la falta de recursos o para satisfacer a la insaciable demanda de recursos naturales?²⁰

6. Consecuencia de la indiferencia: el conformismo.

Estas indiferencias confluyen en una actitud generalizada de conformismo. La peor indiferencia es conformarse. Conformarse a lo que hay es empezar a morir. Mientras uno es capaz de indignarse, de discrepar, de imaginar que otro mundo es posible y de luchar por él, la historia

17 Carta. enc. *Laudato si'*, 92.

18 Podemos recordar la célebre frase de Kennedy: “No os preguntéis qué puede hacer vuestro país por vosotros. Preguntaos qué podéis hacer vosotros por vuestro país”. Discurso inaugural de su mandato 20 de enero de 1961.

19 Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 59).

20 Carta enc. *Laudato si*, 31; 48.

está viva. El conformismo es el principio del final, la consecuencia de la deconstrucción de todos los sueños utópicos.

La ideología conformista expresa, por un lado, falta de solidaridad y, por otro, una actitud de huida de la oposición. También revela una **escasa fe en la condición humana** y en su capacidad para alterar el curso de los acontecimientos históricos. Conformarse es adaptarse a lo que hay, entendiendo que lo que hay no puede ser de otro modo. Es una especie de fatalismo metafísico que consiste en la negación de la voluntad humana, en su disolución en el devenir de la historia.

De esta ideología deriva una actitud tóxica y perjudicial, unas prácticas malsanas, pues consiste, esencialmente, en una actitud de obediencia y de resignación, en una pasividad que hace que la persona niegue su ser, su talento, su creatividad potencial, para perderse a sí misma, en vez de ser el autor de su vida, el señor de sus actos y de su existencia.

Aun cuando la actitud del conformismo no se convierta en un manifiesto rechazo violento, siempre indica una debilidad de la autodeterminación de la persona, de su capacidad de singularizarse en la historia.

El problema del conformismo no radica solamente en la sumisión a las pautas de la moda, del mercado o de la política de turno. Está en un plano más profundo y consiste en renunciar a buscar la propia realización, a autodeterminarse y a poseerse a sí mismo, en definitiva, a participar activamente en la construcción de un modo mejor desde la propia singularidad.

El conformismo, en su modalidad más servil, se convierte en un rechazo a la participación. El conformista deja de participar política y socialmente en la construcción de un mundo mejor y se limita a quejarse. Critica a cuántos intentan edificar un escenario más justo y les califica de utópicos.

A la verdadera participación la sustituye una apariencia de participación, una obediencia superficial a los demás, en la que no se da convicción, ni compromiso auténtico. El conformista teme, como la peste, cualquier forma y modalidad de compromiso ya sea política, social o religiosa.

El conformismo se puede considerar una expresión del individualismo postmoderno; pues se convierte en una evasión de la comunidad y en una inmersión en la masa anónima. Este estado de cosas sólo puede tener efectos negativos en la sociedad.

El conformista se oculta tras una máscara de apariencias externas. El conformismo genera un mundo uniforme, gris, totalitario, donde nadie expresa lo que realmente desea o piensa y, sin embargo, por debajo de toda comunidad auténticamente humana existe una diferenciación latente que la comunidad intenta de encauzar creativamente²¹.

La prevalencia del conformismo en nuestras sociedades no es, en ningún caso, una buena noticia. Las personas se adaptan a las exigencias del mercado, aceptan lo que hay, pero a regañadientes. Solo se quejan en el receptáculo de la cocina casera y cuando lo hacen públicamente sólo es para conseguir algunas ventajas inmediatas o para evitarse problemas.

Esta actitud obliga al ser humano a abandonar su aspiración a la realización en la acción junto a los demás. El conformismo priva a la persona de la característica de la participación activa en la sociedad y, por lo tanto, de realizarse auténticamente en la comunidad, de ser y actuar junto a los demás.

21 Descubriéndose amado por Dios, el hombre comprende la propia dignidad trascendente, aprende a no contentarse consigo mismo y a salir al encuentro del otro en una red de relaciones cada vez más auténticamente humanas. Los hombres renovados por el amor de Dios son capaces de cambiar las reglas, la calidad de las relaciones y las estructuras sociales: son personas capaces de llevar paz donde hay conflictos, de construir y cultivar relaciones fraternas donde hay odio, de buscar la justicia donde domina la explotación del hombre por el hombre. COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA n. 4.

El conformismo es, en cualquier caso, fruto del cansancio y de la fatiga. Es lógico pensar que Sísifo, al final del relato recreado por Albert Camus, se fatigue, que cuando, por enésima vez, recoja la piedra y vuelva a trepar a la cima, experimente cansancio y se conforme a la situación.

Este cansancio, raíz del conformismo actual, es, precisamente, lo que el mundo no puede permitirse. Como sugiere inteligentemente Edmund Husserl, el mayor peligro que acecha a Europa en aquel entonces y ahora, es el cansancio, porque de él emana el conformismo, una verdadera ideología tóxica.

Este cansancio y conformismo puede llevarnos a la tentación de huir, de escapar, de marchar lo más lejos posible, hasta los confines de la tierra. Esta tentación siempre está presente en la vida de la Iglesia, especialmente cuando uno pierde muchas batallas, y se encuentra en un callejón sin salida y se da cuenta de que envejece y el tiempo pasa en balde. Una tentación que se manifiesta en la pasividad por no ser levadura. Es necesario estar pendiente ante el más inquietante de todos los huéspedes, el nihilismo, del que el mismo Nietzsche afirmaba: altera profundamente el pensar y el sentir.

7. ¿Cómo dar respuestas?

El nihilismo es **una enfermedad del alma –indica Kierkegaard–** quizás la peor que pueda sufrir un ser humano. Uno puede experimentar tristeza, pena, nostalgia, incluso resentimiento, ira u odio, pero cuando es invadido por el nihilismo, se convierte en la presa del peor depredador. Por ello el sentido trascendente de la historia nos invita a llenar de alegría la vida del ser humano. Es lo que hace la fe cristiana: llenar de alegría la historia.

La filosofía académica no da respuestas, está metida en su jerga ininteligible y no da respuesta al nihilismo occidental, algo que hemos exportado también al mundo. Este nihilismo aplicado a la psicología niega la voluntad de sentido, es “esa psicología que a sí misma se llama deslarvante y que no acepta la voluntad de sentido, ni aun en lo espiritual en el ser humano, tilda como máscara lo que es algo primario, original e irreductible. Lo que se esconde detrás de esa psicología deslarvante, es la tendencia a desenmascarar, a desvalorizar, una tendencia que repudia lo espiritual del hombre y que de este modo se declara a sí misma esencialmente nihilista”.²²

El mundo en el que el creyente desarrolla su vida ha cambiado radicalmente y no se parece en nada al de tiempos pasados. El mundo occidental del tiempo presente es un ámbito, a grandes rasgos, **indiferente a la fe cristiana**, aunque es el resultado de la presencia continuada de la fe cristiana en su seno.

Desde que Friedrich Nietzsche proclamó la muerte de Dios, una nube densa de olvido de Dios se ha extendido por todo Occidente. En este mundo nuestro ser creyente es un hecho diferencial que, como tal, exige al creyente saber dar razón de su fe y de su esperanza a aquellos que no comparten su fe, se obliga al creyente a justificar su postura, dado que lo que se da por supuesto es que estamos solos, abandonados de la mano de Dios, navegando en una barcaza en medio del cosmos, perdidos por una galaxia. Se da por supuesto que Dios no existe, que estamos solos, que somos la resultante de una evolución arbitraria, que podría no haber surgido nunca. El ateísmo práctico o teórico no parece necesitar ningún tipo de fundamentación, el sentido trascendente de la vida si lo necesitan²³, porque en el imaginario colectivo se parte de que no existe. El materialismo práctico y el cientificismo positivista impregnan de tal modo la cultura que lo que no se puede ver, ni observar ni identificar con algún instrumento científico, sencillamente, no existe.

22 Víctor Frankl, “La Idea Psicológica del Hombre”, p 116.

23 Cfr. Manfred Lütz, Dios, una breve historia del eterno, en su tesis sobre que las sociedades en las que Dios a duras penas está presente dejan de lado un ámbito delimitado temporal y espacialmente, la fe requiere ahora coraje y está necesitada de fundamentación.

¿Cómo puede sobrevivir la fe a esta realidad? En este tercer milenio, la fe tiene que ser ilustrada, razonada y entendida o, contrariamente, estará siempre suspendida en su fragilidad. La posesión de una fe adulta será la única forma de poder resistir y responder a las ideologías y a los sistemas de valores, constantemente cambiantes, de la civilización actual. Solo una fe ilustrada y convencida de su razonabilidad sabrá dar respuestas consistentes, ser levadura. Una cierta simplicidad de la fe, dentro de una **sumisión demasiado fácil**, corre el riesgo de convertirse en puro simplismo. En el presente, el simplismo y el infantilismo no tienen ningún futuro.

La tendencia a la interiorización o a la bunkerización no es una buena salida. Tampoco son las más adecuadas, ni las más evangélicas, porque la fe no es endogámica, está llamada a salir, porque su dimensión es universal. El espíritu misionero es inherente a la fe cristiana, porque este espíritu no excluye al otro, sino que lo presupone y busca aquellas semillas de verdad que en él existan, para edificar, a partir de sus propias convicciones, la fe cristiana.

¿Porqué el sentido trascendente de la vida permanece en el corazón del ser humano? Como afirmaría Maurice Blondel, en su obra culminante, *La acción*, la pregunta filosófica por definición, esa que justifica este saber tan minoritario y extraño, es si la vida tiene o no tiene un sentido. Si se puede responder afirmativamente, estamos en el camino de vencer al nihilismo. A esto responde el Evangelio.

La fe cristiana es un proyecto de sentido en el mundo, una llamada interior que se traduce en un obrar, en una vida exterior. Si es verdad que el nihilismo está subyacente a nuestra cultura, que persiste en ella de un modo invisible, se impone la tarea de presentar un relato significativo de la fe, un horizonte legítimo por el que luchar, un proyecto vital que pueda suscitar entusiasmo y novedad, anhelo de vivir con profundidad. La elección decisiva consiste en discernir entre la nada y el Tú infinito.

¿Todo esto tiene salida? Existe, es real, tangible, y tiene nombre y apellidos. Frente a la respuesta de Caín está la respuesta de Jesucristo. Frente a la cultura de la muerte de los cainitas, está la cultura de la vida de Jesucristo el Señor. La cultura de la vida recogida en la alegría y buena noticia de Jesús de Nazaret. Una alegre y buena noticia que es para todo el mundo, incluso para los no creyentes. No hay filosofía más alta, desafiante. No hay proyecto más radical ni transformador. Y a todo hombre y mujer de buena voluntad que quiera acercarse, no solo le invito a oírlo, porque lo nuestro es encarnatorio, de puesta por obra. Les reto a que se acerque a la vida hecha misericordia y entrañas de ternura de la Palabra, del logos, del verbo de Dios que conjuga con nuestras expectativas²⁴.

¿Dónde está tu hermano? Y Caín responde ¿soy yo acaso el guardián de mi hermano? Nosotros respondemos afirmativamente, yo si soy el guardián de mi hermano. La crisis de Caín es la crisis del qué frente al quién. Para Caín el otro es un competidor, para la cultura cristiana, el otro es un hermano. La cara de Caín se manifestó de nuevo en esta época en la filosofía de Nietzsche, al recriminar a los cristianos la defensa histórica de los débiles, al acusarnos de haber construido una sociedad que protege a los necesitados. Es la negación de la posibilidad de construir el Reino de Dios, con todo lo que significa de cambio radical en la sociedad.²⁵

24 La fe cristiana, que invita a buscar en todas partes cuanto haya de bueno y digno del hombre (cf. 1 Ts 5,21), es muy superior a estas ideologías y queda situada a veces en posición totalmente contraria a ellas, en la medida en que reconoce a Dios, trascendente y creador, que interpela, a través de todos los niveles de lo creado, al hombre como libertad responsable COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA n. 126

25 -Ecce Homo, del apartado: La traca final, af 1. Al final de esta obra, que es una de las últimas que escribe antes de caer en la demencia, afirma con actitud belicosa: "Guerra a muerte contra el vicio: el vicio es el cristianismo". El visionario e iluminado profeta Zaratustra le dice a su anciano interlocutor: "Yo soy Zaratustra el ateo, que dice; ¿quién es más ateo que yo, para gozarme con sus enseñanzas?" (Así habló Zaratustra, del apartado: El Jubilado), Y dirigiéndose a sus enloquecidos huéspedes les dirá con fuertes gritos: "Mientras no os hagáis como niños no entrareis en "aquel" reino de los cielos. -Y Zaratustra señaló con las manos hacia arriba-. Mas nosotros no queremos entrar en modo alguno en el reino de los cielos: nos hemos hecho hombres, y "por eso queremos el reino de la tierra" (del apartado: La fiesta del asno).

Hay muchas razones para creer en la capacidad de la humanidad que actúa conjuntamente en solidaridad, en el reconocimiento de la propia interconexión e interdependencia, preocupándose por los miembros más frágiles y la protección del bien común. Esta actitud de corresponsabilidad solidaria está en la raíz de la vocación fundamental a la fraternidad y a la vida común. La dignidad y las relaciones interpersonales nos constituyen como seres humanos, queridos por Dios a su imagen y semejanza²⁶. Como creaturas dotadas de inalienable dignidad, nosotros existimos en relación con nuestros hermanos y hermanas, ante los que tenemos una responsabilidad y con los cuales actuamos en solidaridad. Fuera de esta relación, seríamos menos humanos.

8. Algunas propuestas para recomenzar

8.1. El diálogo

Como movimiento de trascendencia y un acto de hospitalidad. En el diálogo se da, por definición, una apertura al otro y, a la vez, una acogida de sus palabras y de todos aquellos elementos no verbales que se manifiestan en el rostro y los silencios del que habla.

8.2. El silencio interior

Es una ocasión de primer orden para trascenderse, para ir más allá de la apariencia y penetrar en la estructura más íntima del mundo y de uno mismo. El problema de nuestra liturgia y de nuestro mundo eclesial es que hemos vaciado esta experiencia de significado, la hemos arrinconado, hemos llenado de ruido el mundo, las instituciones y las iglesias y, en consecuencia, se hace muy difícil encontrar una grieta de silencio para adentrarnos en lo más íntimo de nosotros mismos²⁷.

8.3. El símbolo

Cualquier símbolo, da que pensar. El símbolo es un objeto que se refiere a una realidad que está más allá del objeto, nos envía a algo que se insinúa en el objeto, pero que solamente lo apunta.

8.4. El rito

Tiene una dimensión muy relevante en la vida humana. No nos referimos únicamente a los ritos religiosos, sino también y particularmente a los ritos sociales y culturales que de manera periódica se repiten en las sociedades secularizadas.

Los ritos religiosos no tienen buena acogida, cansan por su ritmo y lenguaje. Todo parece extraño y alejado del mundo. Y, en parte, es verdad. A pesar de los esfuerzos que se llevan a cabo en tantos ámbitos para acercarlos a la mentalidad de los jóvenes, hacerlos atractivos y seductores para su gusto estético, los éxitos son más bien, escasos.

26 Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica. Tercera parte: La Vida en Cristo. 1ª Sección. La vocación del hombre: la vida en el Espíritu. Capítulo 2º. La comunidad humana. Artículo 3. La justicia social nn 1928-1948.

27 El teólogo Hans Urs von Baltasar en un texto publicado en 1965, ¿Qué es un cristiano?, reflexionaba ampliamente sobre lo que representa la pérdida del silencio en el seno de la vida ritual y litúrgica: “¿Qué es lo que se echa de menos? El ámbito espiritual del silencio, con el que envolvemos el misterio. ¿No ocurre aquí lo más incomprensible de todo? (...)H. URS VON BALTHASAR, ¿Quién es un cristiano?, Cristiandad, Madrid, 1967, pp. 48-49.

Pero el rito religioso, con toda su lentitud y componente no verbal es una ocasión para romper con el ritmo habitual de la semana y para trascender, ir más lejos, establecer el contacto con el misterio, dejarse llevar y liberarse momentáneamente de las múltiples cavilaciones que nos acompañan en la vida cotidiana.

8.5. La contemplación

Sólo quien contempla atentamente el mundo puede mirar alguna cosa nueva en él, puede quedar admirado por lo que hay y hacerse preguntas fundamentales. La aceleración de la vida y la descompensación de los ritmos conduce, necesariamente, a un tipo de existencia mecánica, casi inhumana, donde la posibilidad de trascender resulta completamente imposible.

8.6. La situación límite

El dolor, la enfermedad, el fracaso, la muerte de un ser querido, la proximidad de la propia muerte.

La vida no es un continuum, sino que en ella hay lugar para situaciones imprevisibles que generan un auténtico movimiento sísmico en el núcleo de la persona. En estas situaciones-límite, uno se pregunta, en el fondo, qué es lo que tiene sentido, para qué vale la pena vivir. Son situaciones en las que la persona se ve confrontada con la nada o con Dios.

8.7. La belleza

La experiencia de la belleza es una ocasión para trascender, para ir más allá, para preguntarse por Dios. Cuando en un mundo de mediocridad y vulgaridad, se vive la experiencia de lo que es bello, sentimos un profundo interrogante por el origen de esta experiencia. La belleza es, de hecho, una manera de caminar hacia Dios.

8.8. La bondad

Ejercida libremente, de manera gratuita, discretamente y sin altavoces es una ocasión para trascender.

En un tipo de mundo regido por intereses egocéntricos y utilitaristas, la presencia de personas que hacen de la bondad el centro de sus vidas es una ocasión para trascender, para preguntarse por el propio modo de vida e interrogarse si realmente tiene sentido.

8.9. La unidad

Es una ocasión para trascender. No es fácil vivir esta experiencia en un mundo fragmentado tanto desde el punto de vista cultural como social y político, pero cuando se tiene la vivencia de la unidad, de la armonía de todas las cosas, se pregunta ciertamente por la causa de esta unidad y esto le lleva a trascender, a mirar más allá de lo que hay en el marco de la representación.

Y sigamos, y aquí acabamos, de nuevo podríamos abrir turno para realizar propuestas concretas de como trascender en un mundo tan necesitado de ello. Podríamos compartir nuestra experiencia personal y la que estamos trabajando, estoy seguro que muchos de los que leen o escuchan están trascendiendo, luchando por ello. Compartirlo sería un ejercicio de creatividad, diálogo y riqueza que nos haría descubrir más huellas de Dios que las que aparentemente percibimos.